

EL MARTILLO

PERIODICO INDEPENDIENTE

Organo de la Asociación del Gremio de Toneleros

No se responde de los originales firmados

La correspondencia al Director
ESCUELAS, 12

Se reparte gratis a los Asociados.
SE PUBLICA LOS VIERNES

Aviso de interés

Para 1.º de Octubre se varían las horas de salida en los talleres, por acuerdo tomado en asamblea general de nuestro gremio; a cuya reunión concurrieron todos los asociados y dicho acuerdo fué aprobado por unanimidad, sin que hubiera ningún obrero que hablara en contra de la proposición presentada y aprobada; proposición que fué también sancionada y aprobada por la representación patronal al firmar las tarifas que en la actualidad rigen.

Recuerdo esto porque la directiva del gremio tiene noticias de que en varios talleres se falta a lo acordado por parte de los obreros y si ahora que salimos a las seis de la tarde hay algunos obreros que nos ciscamos en los acuerdos tomados por nosotros mismos, qué no será cuando tengamos que salir a las cinco de la tarde.

Tenga presente el obrero que el regular las horas de trabajo redunda solo y exclusivamente en beneficio del obrero, por lo que todos estamos obligados a procurar que dicho acuerdo se cumpla estrictamente y debemos de procurar antes de poner una bota grande a la candela enterarnos qué hora es; porque no es posible que poniendo una bota a la candela a las seis menos cuarto esté batida a las seis, por muy listo que sea el oficial que esto haga, no puede terminar de batirla, lo menos hasta las seis y media y eso si

no es de los que por su modo de *juntar* rara es la vasija en la que no parte madera, pues en este caso le dan las siete de la tarde en el *batiero*.

Y dígame el oficial que esto hace: ¿Es justo que un obrero que trabaja por cuenta, obligue al aprendiz que trabaja a jornal, a trabajar en vez de doce horas, trece sin aumento ninguno en el sueldo?

Ni es justo ni honrado obligar a un joven de 15 años a que trabaje una hora más después de haber trabajado una jornada de doce horas, cosa que hasta las leyes de la nación prohíben.

Los egoístas, los que no miran más que su interés particular, deben por todos los medios reprimir sus ambiciones y tener en cuenta que pertenecen a un gremio que tiene por bandera el reprimir la explotación del hombre por el hombre.

NÍTIDA.

De nuestro gremio

Me dicen algunos compañeros lo que sigue:—Usted que es el único que escribe en nuestro semanario ¿por qué no se ocupa de lo que ocurre en algunos talleres relativo a la falta de avíos? ¿No ha llegado a su conocimiento algo que pueda ser digno de publicarlo para ver si hay alguna enmienda?

Yo he contestado así: ¡Vaya si sé de lo que se dice por ahí acerca de la falta de avíos que se toca en algunos talleres! ¡Ya lo creo que me he enterado de

cuanto ocurre y de cosas que no debían pasar!

Pero en este asunto de falta de avíos de que tanto se *murmura*, se *susurra* y se *censura*, no crean los compañeros que con la publicidad en nuestro semanario se pueda enmendar, no.

Yo, como dicen ustedes, que soy el único que escribo, no creo que sea el llamado de ocuparme de este asunto para, si pudiera ser, tener alguna enmienda lo que tanto se lamenta por ahí, porque precisamente todas las semanas el gremio tiene su asamblea ordinaria y en ésta se puede exponer cuantas quejas o faltas se noten.

Verdaderamente es de lamentar cuanto se dice por fuera y de que los talleres de tonelería de Jerez estén, en lo relativo a dar avíos, en mejores condiciones que los del Puerto; que habiendo un buen golpe de trabajo, hasta el extremo de solicitar personal de otra población, los maestros o dueños de algunas casas no tengan los muchachos que son de desear para la buena marcha en el trabajo; que en fin, que habiendo tanta demanda de brazos en el oficio tenga que haber disgustos por el ahorro de unas pesetas a la semana en no dar avío por la falta de chiquillos u hombres.

Pero... — aquí entra un pero mayor que un *camueso*—; pero... yo creo que son ganas de murmurar, porque en las asambleas bien se dice por la presidencia si hay algo que exponer y todo el mundo calla, a pesar de saberse de que por falta de avíos se ha dado el caso de marcharse compañeros de unos talleres pa-

ra otros y escasear el personal en donde se hace necesario y se solicita.

Y para concluir, que no hay que tirar de la lengua porque de todo hay en la *viña*; y tengan presente los compañeros preguntas que cuando se calla...

A. RENATO.

Puerto.

Nota.—Después de escrito el anterior trabajo sabemos que los compañeros de un taller han solicitado del patrono los correspondientes avíos para seguir trabajando, incluso un sobreprecio en unos bocoyes que se están haciendo, el cual patrono ha aceptado todo...

En otro artículo ya hablaremos más sobre esto de los avíos y de otras cosas.

Vale.

ENTRE OBREROS

Mira, Pascasio: es menester que te corrijas un poco, que pienses el papel que estás desempeñando, que si no es ridículo es bastante bajo.

—¿Y por qué me dices eso, Prudencio.

—Mira, tu mujer está segando en el campo; constantemente la tienes trabajando en las faenas agrícolas impropias de su sexo; tú que estás sirviendo de maritane en tu casa esperando que llegue de noche con el jornal para pillarle parte de él, si no todo, para irte a la taberna o a la casa de juego y gastarlo mientras tus hijos los tienes descalzos y en cueros y pasando necesidad. ¿No te da lástima de hacer todo esto? ¿No ves que tu mujer no come, que no pagas la casa en que vives, que las prendas las tienes empeñadas, mientras tú disfrutas de lo que no debías, porque no te pertenece?

—¿Pero yo qué le hago si no me sale trabajo?

—Ni tú haces por buscarlo; ¡es tan bueno el hacerse parásito en la humanidad!

—¿Pero qué quieres decirme con eso?

—Que no consientas jamás

que tu mujer haga trabajos de hombre; verás los burgueses que explotan a la mujer más que al hombre como dejan los trabajos para este, pero mientras la mujer trabaja en el campo habrá hombres lavaderos e hijos abandonados a la elección de los vecinos caritativos que quieran hacerle algo.

—Estoy convencido en todo y por todo de lo que me dices, pero hay muchas mujeres que trabajan por necesidad.

—Pero no me negarás que mil mujeres le quitan el trabajo a mil hombres, y si estos hombres por ejemplo ganan 1.000 pesetas, las mil mujeres ganan 500, y hacen casi tanto como los hombres en el trabajo. ¿Luego la ganancia para quién es?

—¡Para el vampiro que todo lo absorbe!

—Pues eso es lo que yo te digo, que no debía ningún hombre consentir que su mujer trabajara en el campo.

—Pues la mía, te juro que aunque nos muramos de hambre no trabaja más.

—Ya veremos si eres hombre de palabra: toca esos cinco huesos.

JUAN MARTIN GOZÁLEZ.

Ecija y Septiembre de 1917.

NUEVA VIDA

Los elementos sanos que han seguido las corrientes de su deber y que hoy componen la asociación de toneleros, deben de poner todo su cuidado y gastar todo su celo en seguir su plan adelante, ya que con alguna práctica pueden obrar y con conocimiento suficiente para saber cuál es el derrotero más fácil y seguro.

Por lo pronto no debe mostrar empeño alguno en que se asocien esos individuos que son capaces por un mal vaso de vino de vender no ya la capa de Jesús sino las de toda la humanidad.

Esos seres inconscientes que hijo de su ignorancia no sirven

para otra cosa que para entorpecer la buena marcha y régimen de toda colectividad, no deben por ningún concepto estar al lado de los que saben sacrificar sus intereses y hasta su tranquilidad en pos del santo ideal que persiguen todos aquellos trabajadores que hartos de sufrir el peso de las terribles cadenas de la esclavitud, quieren sacudir su yugo.

Limpia la sociedad de esa mala semilla, apartada por completo de esas partículas insanas que corroen cuanto tocan podrá con más seguridad de éxito seguir la obra emprendida y llegar al final de la jornada sin encontrar escollos en el camino.

El capital se halla continuamente acechando al brazo para triturarlo si este no tiene firmeza suficiente para detener el golpe: llegará el momento en que magullados sus miembros y sin firmeza de acción, tendrá que ceder a cuanto el capital exija y quedar para siempre sumido en la miserable condición de paria de la sociedad, sufriendo en silencio como humilde siervo que el látigo de su señor cruce su rostro.

A esto está condenado el que no sabe cumplir como bueno con sus deberes sociales y los que se arrastran por el cenagoso camino del servilismo.

E. T.

La mujer y la evolución

Siempre hemos considerado a la mujer como un ser inferior a nosotros y por eso la hemos reducido a la esclavitud y a la ignorancia.

La mujer en todas las épocas ha sido siempre esclava de nuestros caprichos; ella jamás ha podido desarrollar su cerebro en aras del progreso.

Hay infinidad de obreros que procuran reivindicarse ellos solos, y en cambio su compañera, hermana o hija sufre la horrenda esclavitud en fábricas y talleres. Por nuestra incapacidad la mujer es ignorante lo cual es

una dificultad para que la humanidad evolucione.

Cuántos hombres hay que se inclinan por malos caminos, y si la compañera les indica que aquello es un perjuicio, tienen la osadía de maltratarla y hasta cachetearla! ¡pobre mujer!

La mujer ha de ser para nosotros no sólo para gozar de su cuerpo, sino que debe ser la maestra de nuestros hijos; la que nos ayude a pasar penas y alegrías; la que comparta con nosotros la felicidad y la desdicha.

Si la mujer estuviese capacitada tendríamos un gran alivio en todos nuestros problemas, pues son muchas las veces que salimos del trabajo pensativos y cabizbajos y si la compañera nos pregunta lo que nos pasa, le contamos a regañadientes y eso priva en gran manera que la mujer desarrolle sus facultades mentales y al mismo tiempo deja de existir aquel amor que está encarnado en la mujer.

La mujer que está capacitada comparte con su compañero las borrascas de la vida, educa a los hijos en la forma merecida para que mañana puedan ser hombres que sepan prevalecer sus derechos.

La educación de la mujer es el elemento fundamental para la evolución.

CARPENTIER.

Alcoholismo y criminalidad

Desgraciadamente ha sido y continúa siendo el alcohol el más temible azote de la humanidad, y acaso el más rico filón de esa mina asombrosa de crímenes y de barbarie que registra la historia de todos los pueblos. Donde se perpetra un crimen, donde impera el absolutismo, donde no existe amor ni filantropía, donde no puede vivir ningún noble sentimiento, allí se enseorea la embriaguez, ante cuyo poder y nefasta tiranía el mundo entero se inclina.

Allí la opresión de su gigantesco imperio es aterradora sobre los hombres que no saben dominar sus apetitos, hoy como ayer, víctimas de peligrosas ilusiones, que abusando de diversos narcóticos y entregán-

dose al fanatismo más desmedido, paralizan su psiquis, sumergiendo su espíritu en cruel ataraxia, llevando a sus hijos la ceguera, desarmando su brazo, arrebatándoles la voluntad, trastornándoles el seso y aniquilando, en fin, los gérmenes de sus futuras generaciones, en las que clava su ponzoñosa garra el fatídico tóxico.

En unas partes, el alcohol; en otras, esos humos y aires nauseabundos del opio y el tabaco; en otras, la morfina, la cocaína, que constituyen ese moderno rapé hacen víctimas a la mayoría de los hombres de todos los pueblos, y además, el que no se embriaga de drogas, lo hace de ficciones, cuyos resultados son tan temibles como aquellos de la ficción política, la religiosa, las mentiras sociales que imperan, las desigualdades económicas, son otros tantos tóxicos del alma, que arrebatan la pureza de la civilización, detienen los sublimes vuelos emancipadores y envuelven al cuerpo en el denso velo de sus propias miserias y denigrantes pasiones. Mr. Jacquét, en su hermoso libro, acaso el más documentado de nuestros días, nos cuenta las miserias del alcohol, de esa lepra de las modernas sociedades. Por él sabemos que en la vecina y hoy aniquilada Francia, están dedicadas a la vid 1.626.000 hectáreas de terreno, y en Argelia, 1.760.000, y que representa su cultivo la fabulosa suma de diez millones de francos.

Las cosechas de vinos aseguran a los cosecheros 2.500.000 de alcohol puro que calculado por término medio a 50 francos el hectolitro, arroja, como puede verse, la respectable suma de 125 millones. Es una industria, dirán algunos; sí, es una industria; pero menguando el pan del alcohol, que está pronto a restar de la sangre del proletariado, del mañana del linaje humano. A interés avaro, reduciendo el capital vital, cuya reducción es más considerable cuanto mayor sea la impregnación alcohólica de los pueblos. El Estado obtiene beneficios, dirán otros, y según Jacquét, la coqueta Francia percibe la aterradora suma de 400 millones. ¡...! ¡Casi el 12 por 100 de sus recursos totales! Y refiriéndose a la tercera, España, ha dicho Delfino desde Buenos Aires que «nuestro presupuesto nacional costea sus más abultados renglones con el vicio público, el alcoholismo, el tabaquismo, el juego y la prostitución, nuestras vergüenzas nacionales», y yo he de añadirle: enfermedad mantenida por el proletariado.

En la tesis doctoral sobre «El homicidio en Suiza», del Dr. Roebring (1899), consta que sobre 297 homicidios cometidos en Suiza desde 1892 a 1896, 144, o sea el 48'50 por 100, casi la mitad han sido cometidos después de copiosas libaciones.

Con estos datos tomados al vuelo de mi pluma, queda probado que no puede haber grandes caracteres, ni progresar la cultura mientras las estadísticas de los hospitales, como ha demostrado Pernét, demuestran que el alcohol interviene en la tercera parte de las muertes, y según Mirmán, que hace estudios sobre la tuberculosis, y que viene a confirmar Mr. Lance-reaux, demostrando que de 2.192 casos de tisis, 1.229 fueron debidos al alcoholismo!... Muchos y muchos ejemplos de doctores y estadistas pudiera unir a este trabajo; pero por hoy quede en firme que los numerosos males hijos del alcohol que existen, sólo desaparecen emprendiendo tenaz lucha contra el tóxico, persiguiéndolo hasta el último momento y matándolo de una vez, si no queremos morir a manos de la impotencia, la degeneración y la miseria.

¿Para emprender esa lucha? El pueblo tiene la palabra.

Abán Zada.

Lo que no se puede decir, no se debe decir.

Porque parece escrito para hoy, con todo comedimiento y zumba, recogemos aquí un inmortal artículo del «Figaro». Así se evita trabajo la censura.

Hay verdades de verdades, y a imitación del diplomático de Scribe, podríamos clasificarlas con mucha razón en dos: la verdad que no es verdad, y... Dejando a un lado las muchas de esa especie que en todos los ángulos del mundo pasan convencionalmente por lo que no son, vamos a la verdad verdadera, que es indudablemente la contenida en el epígrafe de este capítulo.

Una cosa aborrezco, pero de ganas, a saber: esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposición, a quienes ningún gobierno les gusta, ni aun el que tenemos en el día; hombres que no dan tiempo al tiempo, para quienes no hay ministro bueno, sobre todo desde que se ha convenido con ellos en que Calomarde era el peor de todos; esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se

acaben pronto las facciones, que haya libertad de imprenta, que todos sean milicianos urbanos... Vaya usted a saber lo que quieren esos hombres. ¿No es un horror?

Yo no. Dios me libre. El hombre ha de ser dócil y sumiso, y cuando está sobre todo en la clase de los súbditos, ¿qué quiere decir esa petulancia de juzgar a los que le gobiernan? ¿No es esto la débil y mezquina criatura pidiendo cuenta a su Criador?

La ley, señor la ley. Clara está y terminante, impresa y todo: no es decir que se la dan a uno de tapadillo. Ese es mi norte. Cójame Zumalacárregui, si se me vejamás separarme un ápice de la ley.

Quiero hacer un artículo, por ejemplo: no quiero que me lo prohiban, aunque no sea más que por no hacer dos en vez de uno. ¿Y qué hace usted? me dirán esos perturbadores que tienen siempre la anarquía entre los dedos para soltársela encima al primer ministro que traduzcan, ¿qué hace usted para que no se lo prohiban?

¿Qué he de hacer, hombres exigentes! Nada, lo que debe hacer un escritor independiente en tiempos como estos de independencia. Empiezo por poner al frente de mi artículo, para que no sirva de eterno recuerdo. «Lo que no se puede decir.» Sentada en el papel esta provechosa verdad, que es la verdadera, abro el reglamento de censura: no me pongo a criticarlo, ¡nada de eso! no me compete. Sea reglamento o no sea reglamento, cierro los ojos, y venero la ley, y la bendigo, que es más. Y continúo.

Artículo 12. «No permitirán los censores que se inserten en los periódicos:

«Primero: artículos en que se inviertan máximas o doctrinas que conspiran a destruir o alterar la religión, el respeto a los derechos y prerrogativas del trono, Estatuto Real y demás leyes fundamentales de la monarquía.»

Esto dice la ley. Ahora bien: doy el caso que me ocurra una idea que conspira a destruir la religión. La callo, no la escribo, me la como. Este es el modo.

No digo nada del respeto a los derechos y prerrogativas del trono, el Estatuto, etc., etc. ¿Si les parecerá a esos hombres de oposición que no me ocurre nada sobre esto? Pues se equivocan, ni cómo he de impedir yo que me ocurran los mayores disparates del mundo. Ya se ve que me ocurriría investigar los fundamentos de todas las cosas más fundamentales. Pero me llamo aparte, y digo para mí: ¿No está

clara la ley? Pues punto en boca. Es verdad que me ocurrió; pero la ley no condena ocurrencia alguna. Ahora, en cuanto a escribirlo, ¿no fuera una necedad? No pasaría. Callo, pues, no lo pongo y no me lo prohiben. He aquí el medio sencillo, sencillísimo. Los escritores, por otra parte, debemos dar el ejemplo de la sumisión. O es ley, o no es ley. ¡Mal haya los descontentadizos! ¡Mal haya esa funesta oposición! ¿No es buena manía la de oponerse a todo, la de querer escribirlo todo?

Que no pasan las sátiras e invectivas contra la autoridad; pues no se ponen tales sátiras ni invectivas. Que las prohiben, aunque se disfracen con alusiones o alegorías. Pues no se disfrazan. Así como así, no parece sino que es cosa fácil inventar las tales alusiones y alegorías.

Los escritos injuriosos están en el mismo caso, aun cuando vayan con anagramas o en otra cualquier forma, siempre que los censores se convenzan de que se alude a personas determinadas.

En buena hora; voy a escribir ya; pero llego a este párrafo y no escribo. Que no es injurioso, que no es libelo, que no ponga anagrama.

No importa; puede convencerse el censor de que se alude, aunque no se aluda. ¿Cómo haré, pues, que el censor no se convenza? Gran trabajo: no escribo nada; mejor para mí; mejor para él; mejor para el Gobierno, que encuentre alusiones en lo que no escribo. He aquí, he aquí el sistema. He aquí la gran dificultad por tierra. Desengañémonos: nada más que obedecer. Pues entonces, en qué se fundan las quejas? ¡Miserables que somos!

Los escritos silenciosos, por ejemplo. ¿Y qué son escritos silenciosos? ¿Y qué son costumbres? Discurre, y a mi primera resolución, nada escribo; más fácil es no escribir nada que ir a averiguarlo.

Buenas ganas se me pasan de injuriar a algunos soberanos y gobiernos extranjeros. ¿Pero no lo prohíbe la ley? Pues chitón.

Hecho mi examen de ley, voy a ver mi artículo; con el reglamento de censura a la vista, con la intención que me asiste, no puedo haberlo infringido. Examinó mi papel; no he escrito nada, no he hecho artículo, es verdad. Pero en cambio he cumplido con la ley. Este será eternamente mi sistema; buen ciudadano, respetaré el látigo que me gobierna, y concluiré siempre diciendo:

«Lo que no se puede decir, no se debe decir.»

M. J. L.

¡Chitón, silencio, que viene el censor!

No se puede hablar, no se puede escribir, ni podemos quejarnos. ¡El colmo! Antes por lo menos, si bien se nos esquilaba, se nos robaba, se nos espoliaba como ahora, nos quedaba en derecho ¡un triste derecho! El derecho al pataleo... Vino la censura, una censura rigurosa como nunca, que denota que hay mucho miedo arriba, o por lo menos, se dan cuenta que son responsables del malestar que experimentamos; y lápiz rojo en ristre suprime el censor todo lo que se relaciona y se razona sobre el aterrador encarecimiento de las subsistencias. El gobierno, sin duda cree, que no dejándonos hablar de la carestía de los artículos de primera necesidad, no nos apercebimos del encarecimiento. ¡Creencia estúpida! porque aunque no se diga en los diarios, cada uno en su casa, sabe las muchas supresiones que se ve obligado a imponerse para mal comer.

La censura en estas cuestiones, nos hace el mismo efecto que un individuo atacado de una enfermedad mortal. El médico se empeñará en que no se entere la familia de la gravedad para evitarles un disgusto...

Hay cosas que no pueden ocultarse, por mucho que se empeñen los gobernantes. El pueblo no ignora que en vez de atajar el mal] este va en aumento haciendo imposible su situación. El callar, sobre los abusos de acaparadores y exportadores, no beneficia más que a esos aprovechados sujetos, que no temiendo las campañas periodísticas se lo llevan todo, dejando al país completamente desprovisto. Para estos señores no hay censura previa; es para los únicos ciudadanos que no se han adoptado medidas preventivas, y quizás son los únicos que el gobierno debiera vigilar de cerca.